

Palabras del Excelentísimo Sr. D. José María Serrano Sanz

Sr. Presidente, Sres. Académicos,
Familia de nuestro antiguo, querido Presidente,
Enrique Fuentes Quintana:

Nos convoca hoy, en esta velada necrológica, honrar el recuerdo de quien fuera Académico de la Corporación durante más de treinta años y Presidente de esta Real Academia durante casi diecisiete, el Profesor Enrique Fuentes Quintana. Es una tarea fácil, porque sobran los motivos, pero también compleja, cuando se desea hacer justicia a una actividad que tuvo algo de titánica y también proteica, pues no de otro modo se puede calificar una ejecutoria tan repleta de servicio público como cuajada de méritos académicos.

* * *

Fue la combinación de tres rasgos de su personalidad, a mi parecer, lo que hizo posible tan singular biografía: capacidad, compromiso, voluntad. Alrededor de ellos articularé mi intervención.

Empezando por la capacidad. Su capacidad de trabajo era legendaria, pero tan cierta, que alcanza a estar presente en todos los rincones de su biografía. Cuando se atiende a su formación se encuentran varios títulos académicos, incluyendo dos doctorados; cuando se mira a las oposiciones también resultan ser varias en la Administración pública o en la Universidad. No se perdonó nunca una clase ni su

preparación rigurosa, y en esta su faceta de universitario distinguido, se multiplicó además en la dirección de tesis, en la publicación de libros, artículos o manuales, en la organización de congresos y jornadas de estudio o situado al frente de diversos centros académicos.

Y no olvidemos su condición de servidor público. Porque sus labores académicas tuvieron como complemento perfecto el ejercicio de responsabilidades durante decenios en puestos de la alta administración económica del Estado y, ocasionalmente, en algún cargo político.

Todo ello, por supuesto, sin átomo alguno de pasividad, sin ese dejarse llevar por rutinas o surcos previamente abiertos que tanta comodidad proporcionan. Antes bien, creando, inventando en cada caso nuevas y mejores rutas, generalmente, eso sí, más laboriosas. Ponerlo al frente de un organismo ya existente era anuncio inequívoco de que se avecinaban cambios profundos en el mismo, de que se iban a multiplicar trabajo y presencia en la escena pública. Así reinventó el Servicio de Estudios del Ministerio de Comercio o el Instituto de Estudios Fiscales. Así también dejó huella profunda en su paso por la Presidencia de esta Real Academia. Por la misma razón, confiarle la creación de un nuevo organismo era garantía de conseguir en breve un elevado ritmo de trabajo, calidad de sus producciones y notoriedad; tal sucedió con FIES.

* * *

Todo ello muestra una capacidad innegable, sí, pero es importante resaltar que estaba puesta al servicio de un compromiso, de una razón moral. Acaso sea este segundo rasgo el más definitorio de la personalidad de Enrique Fuentes Quintana, porque no hay escrito en toda su obra, ni gesto en sus actuaciones públicas, que no esté guiado por un profundo compromiso con la suerte de los demás y el porvenir de la patria.

Su fuerte compromiso moral, su arraigada convicción de que tenía una misión que cumplir lo convirtió en un reformador, en la mejor tradición de los ilustrados españoles, como su admirado Jovellanos. Esto resulta meridianamente claro en su faceta de economista. No hay nada gratuito en su obra y hasta en aquello que pudiera parecer mera erudición, se esforzaba por encontrar alguna utilidad, presentándolo con un propósito ejemplarizante. Así ocurría con sus incursiones, cada vez más frecuentes, en el ámbito del pensamiento económico, donde impulsó la colección de Clásicos españoles, primero en el Instituto y más recientemente en nuestra Real Academia. Todo libro del pasado podía y debía contener una lección para el presente.

Así, un repaso a sus trabajos, o a los impulsados por él, deviene una nómina de los problemas que sucesivamente han aquejado a la economía española en el último medio siglo, además de un detallado programa de propuestas para enfrentarlo. En los años cincuenta resultaba prioritario el problema del aislamiento que conducía al atraso; el remedio era la apertura y de ahí su apoyo intelectual, primero al plan de estabilización del cincuenta y nueve, luego a la integración europea, como garantía contra toda tentación de ensimismamiento, y finalmente, su apoyo a la incorporación al euro, del que fue entusiasta defensor. En los años sesenta y setenta, con el crecimiento encauzado, le parecía imprescindible el logro de una hacienda pública suficiente, equilibrada y más justa, y en ello volcó sus esfuerzos intelectuales, aunque en este caso tuvo además la fortuna de protagonizar desde el gobierno su realización. La estabilidad macroeconómica fue siempre casi una obsesión y a ella sirvió permanentemente en el Banco de España, en trabajos académicos y en múltiples comparecencias ante la opinión, y más puntual, pero también en forma más señalada, al promover los Pactos de la Moncloa. Finalmente, en el último cuarto de siglo, la clave de bóveda de la modernización española estaba para él en conseguir la flexibilidad de los mercados, perseverar en los esfuerzos en educación, investigación y tecnología y en alcanzar primero, y mantener férreamente después la estabilidad presupuestaria.

Un reformador sabe que, desde luego, no podrá tener éxito en su ardua tarea si se encuentra sólo. Sabe, dicho en otras palabras, del valor de ganarse a la opinión, algo que únicamente puede conseguirse mediante la educación y la persuasión. Por eso todo buen reformista contiene dentro un educador. Y ese era el motivo de que ambas tareas fueran prioritarias y hasta esenciales en Enrique Fuentes Quintana. La enseñanza fue vocación temprana y tan continuada que resulta difícil imaginarlo sin aquella permanente disposición a impartir clase. O cómo no recordar sus conferencias, siempre sabias combinaciones del rigor y la capacidad del pedagogo —sus queridos cuadros sinópticos— y el apasionamiento de quien se sabe con una misión. En la tarea de ganarse a la opinión multiplicó, una vez más, su inmensa capacidad de trabajo: inventó foros, se esforzó en dar presencia pública a las instituciones que dirigió, escribió en prensa y sembró España de innumerables conferencias.

En suma, usó legítimamente de la persuasión para difundir sus ideas y lo hizo de un modo tan desinteresado y generoso que acabó por encarnar para buena parte de la sociedad española la mejor imagen del profesor universitario, hecha de competencia técnica y honestidad en los diagnósticos. Una imagen, por cierto, de la que nos hemos beneficiado el resto, a modo de un efecto externo positivo, por hablar en su propia terminología de hacendista.

Y si es verdad que no hay ética sin estética, pocas dudas pueden haber de que el complemento perfecto para la actitud ética de Enrique Fuentes Quintana era

su estética de castellano viejo. Una estética que no necesitaba cultivar, pues que era en él inequívocamente natural. Austero en el porte, severo en el gesto, parco en concesiones de todo género, a menudo me hacía pensar a mí —nacido también en Castilla, aunque en la periferia—, que el epicentro de lo castellano estaba, sin duda, en Carrión de los Condes.

* * *

En resumen: un hombre con capacidad, compromiso y —tercer rasgo— una voluntad férrea para llevar adelante ese compromiso moral. Una voluntad que le hacía ser implacable en su exigencia consigo mismo y con quienes le rodeaban. "Si el profesor Fuentes Quintana faltara, los economistas españoles trabajaríamos menos", solía decir Ernest Lluch, admirador confeso de esa mezcla de energía y entusiasmo que convertía a Enrique Fuentes en un irresistible incitador al trabajo. Si a ello añadimos el valor que para él tenía la palabra escrita como un superior compromiso (*Verba volant, scripta manent* era una de sus frases predilectas) se comprende mejor la gran cantidad de revistas y publicaciones que animó o creó, desde *Información Comercial Española* y *Hacienda Pública Española*, hasta *Papeles de Economía Española*, o más recientemente, *Papeles y Memorias de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*. Y esto sin hablar de las colecciones de libros o las obras colectivas que impulsó, como *Economía y economistas españoles*, la última, que es compendio y paradigma de su quehacer editorial: más de cien economistas escribiendo a su incitación, un planteamiento tan ambicioso que por momentos llegó a parecer desmesurado; pero obra al cabo finalizada, con nueve volúmenes y un total de casi ocho mil páginas impresas.

Esa voluntad para cumplir su misión, junto con su inmensa capacidad, daban una intensidad incomparable a los tiempos que él protagonizaba. Todavía hoy nos asombra que apenas estuviera ocho meses al frente de la economía española en el Gobierno que se constituyó tras las primeras elecciones democráticas del setenta y siete. Porque fueron tan intensos y decisivos que uno se resiste a creer en las cronologías, tan relativo es el tiempo histórico

Pero nada es casualidad. Desde el primer momento imprimió a sus trabajos un ritmo frenético, reflejo a un tiempo de su personalidad, de la claridad con que tenía diagnosticados los problemas y pensados los remedios, de la gravedad de la situación y de su conciencia de que el tiempo del reformista suele ser breve. A los tres días de la toma de posesión como vicepresidente del Gobierno, apareció en televisión para imponer una cura de realismo y virar la atención hacia la economía. De inmediato se hizo pública la prioridad de la lucha contra la inflación y el desequilibrio exterior, y la necesidad de una reforma tributaria, ya en proyecto el

mes de julio. En agosto se endureció la política monetaria y se comenzó a elaborar el plan de saneamiento y reforma económica, que contenía un completo programa reformista y sirvió de base a los Pactos de la Moncloa, aprobados en octubre.

Con ese Plan se comprometieron las fuerzas políticas para asegurar la democracia y todo el conjunto de actuaciones transformó radicalmente la situación española. La inflación comenzó a bajar, el desequilibrio exterior se corrigió y la economía dejó así de ser una urgencia, dando paso a la elaboración de la Constitución como prioridad. Por dicho motivo y aunque pocos, esos meses dejaron una huella profunda y duradera; fueron decisivos en la consolidación de la democracia y la convivencia, y ganaron para Enrique Fuentes Quintana un lugar de honor en la historia de España.

* * *

Concluyo. Pero permítanme hacerlo dedicando a nuestro hombre las palabras que hace casi un siglo pronunció en este mismo salón Gumersindo de Azcárate refiriéndose a Laureano Figuerola, un personaje a quien Enrique Fuentes Quintana admiraba y con quien compartió entre otras muchas cosas su condición de hacendista y Presidente de esta Corporación. Esas palabras son: “¿Qué hizo en toda su larga existencia? Servir a las ideas, a la patria y a la libertad, ser esclavo del deber, y conservar, al través de tan laboriosa vida, desarrollada en tan accidentado medio social, puro el corazón y limpias las manos”.

Muchas Gracias.

